

Los corredores veloces

Se concedió un premio, e incluso dos, uno grande y otro pequeño, por la mayor velocidad —no en una competición, sino en general durante todo un año.

—¡He obtenido el primer premio! —dijo la liebre—. A mi parecer, ya cabe esperar justicia si los jueces son tus amigos íntimos y parientes. ¡Sin embargo, otorgar el segundo premio al caracol! ¡Esto hasta me ofende!

—Pero hay que tener en cuenta también el celo y la buena voluntad, como justamente razonaron los muy respetables jueces, y yo comparto plenamente su opinión —observó el poste de la cerca, que había sido testigo de la concesión de los premios—. Al caracol le llevó medio año cruzar el umbral, ¡pero aun así se apresuró con conciencia e incluso se fracturó el fémur en su prisa! Entregó alma y cuerpo a su tarea, y además arrastraba sobre su espalda su propia casa. Tal celo es digno de toda recompensa; he aquí por qué se le otorgó el segundo premio.

—¡Parece que también podrían haberme tenido en cuenta! —dijo la golondrina—. Más rápida que yo en vuelo, me atrevo a pensar, no hay nadie. ¡Dónde no he estado! ¡En todas partes, en todas partes!

—¡Ahí está precisamente el problema —dijo el poste—. Demasiado vagabundeáis. Siempre os lanzáis hacia tierras ajenas apenas sentimos un soplo de frío. No sois patriota, y por tanto no contáis.

—¿Y si hubiera dormido todo el invierno en el pantano, entonces sí me habrían prestado atención? —preguntó la golondrina.

—Traed un certificado de la propia dueña del pantano confirmando que dormisteis en vuestra patria al menos medio año, ¡y entonces veremos!

—Yo merecía el primer premio, no el segundo —observó el caracol—. Pues sé que la liebre corre solo cuando cree que la persiguen; en resumen, por cobardía. En cambio, yo consideraba el movimiento como mi tarea vital y sufrí daños en el cumplimiento de mis deberes oficiales. Y si a alguien debía otorgársele el primer premio, ¡era a mí! Pero no me gusta armar escándalo; ¡lo detesto!

Y escupió.

—Puedo certificar que cada premio fue concedido justamente —declaró el mojón fronterizo—. Yo siempre me atengo al orden, la medida y el cálculo. Ya es la octava vez que tengo el honor de participar en la concesión de premios, pero solo esta vez

impuse mi criterio. La cuestión es que siempre concedo los premios según el alfabeto: para el primer premio tomo una letra del inicio, para el segundo, del final. Tened la bondad ahora de fijaros en mi cuenta: la octava letra desde el principio es «3», y por el primer premio voté por la liebre; la octava letra desde el final es «y», y por el segundo premio voté por el caracol. La próxima vez asignaré el primer premio a la letra «и» y el segundo a la letra «с». Lo principal es el orden. De lo contrario, no hay nada en qué apoyarse.

—Si yo mismo no estuviera entre los jueces, ¡habría votado por mí! —dijo el burro—. Hay que tener en cuenta no solo la velocidad, sino también otras cualidades —por ejemplo, la carga. Esta vez, sin embargo, no quise insistir en estas circunstancias, ni tampoco en la inteligencia de la liebre o en la astucia con que despista las huellas al huir de la persecución. Pero existe una circunstancia que generalmente se suele considerar y que de ningún modo puede pasarse por alto: la belleza. Miré las maravillosas orejas bien desarrolladas de la liebre —en ellas, ciertamente, uno puede deleitarse— y me pareció verme a mí mismo en mi infancia. Por eso voté por la liebre.

—¡Z-z-zzz! —zumbó la mosca—. No pienso pronunciar un discurso; solo quiero decir unas pocas palabras. Yo soy más ágil que cualquier liebre, eso lo sé con certeza. Recientemente incluso lesioné la pata trasera a un conejito. Iba sentada sobre una locomotora; lo hago a menudo: así es como mejor puedo vigilar mi propia velocidad. La liebre corrió mucho tiempo delante del tren; ni sospechaba mi presencia. Finalmente tuvo que desviarse hacia un lado, y justo entonces la locomotora la empujó en la pata trasera, mientras yo seguía sentada sobre ella. La liebre se quedó atrás, y yo seguí avanzando. ¿Quién venció? Creo que fui yo. Solo que ese premio me importa muy poco.

«A mi parecer —pensó la rosa silvestre; en voz alta no dijo nada, pues no era propio de su carácter, aunque habría sido mejor que se expresara—, a mi parecer, tanto el primer como el segundo premio los merece el rayo de sol. En un instante recorre la inmensa distancia desde el sol hasta la tierra y despierta de su sueño a toda la naturaleza. Sus besos otorgan belleza: nosotros, las rosas, nos volvemos más rojas y fragantes gracias a ellos. ¡Y los altos jueces, al parecer, ni siquiera lo notaron! Si yo fuera un rayo de sol, les devolvería el favor con una insolación... No, eso les quitaría el poco juicio que les queda, y ya de por sí no están sobrados de él. Mejor callar. En el bosque hay paz y silencio. ¡Qué bueno es florecer, fragar, embriagarse de luz y vivir en leyendas y canciones! Pero el rayo de sol nos sobrevivirá a todos.»

—¿Y cuál es el primer premio? —preguntó la lombriz de tierra. Se había dormido durante el acontecimiento y acababa de llegar al punto de reunión.

—¡Entrada libre al huerto de coles! —respondió el burro—. ¡Yo mismo asigné los premios! El primer premio debía corresponder a la liebre, y yo, como miembro pensante y activo de la comisión de jueces, presté la debida atención a las necesidades y carencias de la liebre. Ahora está asegurada. Y al caracol le hemos concedido el derecho a sentarse sobre una piedra junto al camino, calentarse al sol y deleitarse con el musgo. Además, ha sido elegido uno de los principales jueces en las competiciones de carrera. ¡Bien está tener un especialista en la comisión, como dicen los humanos! Y, francamente, juzgando por tan excelente comienzo, tenemos derecho a esperar mucho en el futuro.